

27/deciembre/85

La polémica visita de Gadhafi a España

por Danilo TRELLES,

corresponsal

(MADRID).— Se ha especulado mucho a través de la prensa española en estos últimos días acerca de las curiosas repercusiones de la visita a España del líder libio Mohammar El Gadhafi.

Se cuestiona en primer lugar la extraña gestación del encuentro, organizado según se ha informado a través de la mediación de Bruno Kreisky, considerado uno de los más profundos conocedores de los problemas de Medio Oriente, sobre todo de los conflictos árabes-israelitas incluido por supuesto el caso palestino.

Como se sabe, el ex canciller austriaco ha contribuido desde una posición que él califica como de "neutralismo activo" a la distensión internacional y a la lucha por la conservación de la paz. Ha sido el introductor de Jaser Arafat en varios países europeos y el gestor de muchas intervenciones ante Gadhafi, tendiente a resolver espinosos problemas de relación con algunos jefes de gobierno amigos; Mitterrand, entre otros, últimamente.

No puede sorprender en consecuencia que Felipe González haya recurrido a su influencia para intentar un golpe de efecto en un área donde existen tantos conflictos potenciales con España, acentuados sin duda por las perspectivas que establece el último acuerdo entre Gadhafi y el rey Hassan II de Marruecos.

Que la operación se inscriba en lo que eufemísticamente califica Felipe González como de "diplomacia rápida y directa" y que consiste en la práctica en dejar de lado a su propio ministro de asuntos exteriores y comandar directamente la política de relaciones internacionales y que las cosas no hayan resultado como él lo deseaba, es ya otro cantar.

En primer lugar los problemas del Magreb, en cuyo seno parece estar tratando Gadhafi de elaborar una política que desplace su centro, del ámbito de la OUA (Organización para la Unidad Africana), al de los países árabes, son extremadamente complejos y entran en su gestión un confuso cuadro de componentes en el que se mezclan factores religiosos, políticos y estratégicos, de difícil asimilación por los españoles.

En segundo lugar la reacción del gobierno y de algunos medios políticos españoles, incluida la prensa, porque Mohammar El Gadhafi, diera a conocer con absoluta franqueza sus opiniones sobre algunos problemas, como los que se refieren a Ceuta y Melilla, a quienes declara ciudades árabes, revela un concepto anacrónico de las relaciones internacionales, porque si para algo deben servir estos encuentros es precisamente para definir posiciones en torno a problemas que preocupan a ambas partes y no para tratar de disimularlos a través de la retórica o de la simpleza protocolaria. Por otra parte, la respuesta de Gadhafi, aunque no estuviera motivada, por razonamientos políticos —lo está por el hecho de que el líder libio ha sido el principal protagonista del proceso de descolonización de su propio país—, era lógica ya que naturalmente éste debe sentirse naturalmente ligado con las reivindicaciones del país con quien acaba de firmar un acuerdo.

Sus respuestas con relación a la OTAN, a quien Gadhafi calificó como de "Un infierno" eran también obvias. ¿O es que los políticos españoles ignoran que los portaviones de la VI flota norteamericana han ametrallado los aviones libios que custodiaban sus propias costas?

Sobre el problema de su implicación en el financiamiento de ETA, declaró Gadhafi que todo esto formaba parte de una campaña sionista fomentada por los Estados Unidos, que a su juicio "es el primer Estado que atemoriza al mun-

do" y se manifestó partidario de que se celebrase una conferencia internacional para tratar el problema del terrorismo.

El periodista Joaquín Francés, escribía en la edición de anteayer de **Liberación**: "Los periodistas españoles, que preguntaron por ETA al beduino nacionalista Gadhafi quizá no hayan pensado demasiado que la vida política de éste se abrió también bajo el signo de otras siglas, OAS (Organización de L'Armée Secrete), adoptada por los colonos franceses que se negaban a soltar los espléndidos campos Oranesado y Constantina, de Argelia, una OAS que contó con el apoyo indisimulado y benévolo del Estado español."

Las repercusiones de la entrevista han trascendido a los medios internacionales donde las especulaciones son de distinto tipo. La prensa norteamericana **The New York Times** precisamente —pone de relieve los riesgos del acuerdo libio—marroquí en relación con el problema de Ceuta y Melilla, contrariamente a lo que ha afirmado Felipe González después de la entrevista: "Estaba seguro y ahora lo he confirmado que el pacto no afecta a los intereses españoles". La prensa argelina ha dado relieve particular a la entrevista de Palma.

El gobierno de Argel observa con cierta curiosidad el relativo desconocimiento de los socialistas españoles sobre los problemas del Magreb y acentúan el sentido de las palabras del líder libio sobre el alcance del artículo 12 del tratado de Ujda, concerniente a la defensa mutua de Marruecos y Libia, que analizan con evidente preocupación. Desde el punto de vista estrictamente militar, Marruecos sólo tendría dos enemigos potenciales: España y Argelia. Las posibilidades de un conflicto con España podrían estallar a través de Ceuta y Melilla según los analistas argelinos, mientras que con su país el choque podría producirse como respuesta a una intervención marroquí contra el santuario saharauí de Tinduf, en el suroeste argelino. En ambos casos los enfrentamientos bélicos motivados por sendas iniciativas militares de Rabat, a consecuencia de los cuales podría verse envuelta Libia

Pero, las consecuencias de uno y otro, en el plano interno marroquí serían bien diferentes. Ante una escalada argelino-marroquí, Estados Unidos apoyaría, seguramente el rey Hassan II, a quien lo ligan intereses estratégicos por las facilidades que éste les ha otorgado para la utilización de bases y movimientos de tropas. En caso de que el conflicto estallase por Ceuta y Melilla, ello daría pie a una corriente militar nacionalista magrebi, en el sentido árabe-islámico del término. En ese caso, tanto Argelia como Libia no tendrían otra salida que el de otorgar apoyo a Hassan II. Todo esto a pesar de como Gadhafi ha afirmado, apoye una solución pacífica del posible conflicto.

Dada las pésimas relaciones actuales entre Argelia y Libia, muchos observadores piensan que las palabras tranquilizantes del líder libio para Felipe González se encuadran en el ofrecimiento de un contrato ventajoso de gas para España, con lo cual Gadhafi habría realizado un disparo de doble efecto.

Sean o no exactas las especulaciones de los comentaristas, la impresión que deja el encuentro de Palma de Mallorca es de que ha sido una entrevista no sólo de dos lenguajes distintos, sino entre dos lecturas diferentes del problema, una la de Gadhafi que ha previsto hasta sus últimas consecuencias, y otra la de Felipe González, que ha atendido sus consecuencias inmediatas y las posibles ventajas que para España representaban.